

# La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO II. }

MÉXICO, MARZO 1º DE 1872.

{ NUM. 13.

### CUENTOS DE MI ABUELO.

#### LAS VIRUELAS.

Nuestros gustos é inclinaciones varían con la edad; y aquellos que fueron amigos cuando niños, se tratan friamente cuando adultos, y acaban aborreciéndose á veces en la vejez. Esta triste consideración, fundada harto frecuentemente en la experiencia, nos advierte de que velemos con cuidado contra nuestras propensiones, y que dejemos á nuestros padres el cuidado de dirigirnos en la elección de nuestras primeras conexiones.

M. de Beauvalon, cuyo inmenso caudal era proporcionado á sus distinguidos destinos, ocupaba el primero y segundo piso de una gran casa de Paris, en cuyo entresuelo vivía M. de Bonneval, militar jubilado, y dueño de la casa. En el tercer piso vivía M. Bertrand, literato muy distinguido, de medianas conveniencias, y que solo á sus continuas tareas era deudor de su subsistencia y la de su familia.

M. de Bonneval poseía á espaldas de su casa un magnífico jardín, de que él solo disfrutaba. Evelina, hija única suya, atraía á él con frecuencia á sus

dos vecinitas, Mirza, hija de M. de Beauvalon, y Zoe, hija de M. Bertrand. Todas las tres de una misma edad con corta diferencia, y educadas juntamente en algun modo, se querían desde niñas, y pasaban en el jardín todos los instantes de que podían disponer. Moñas, juguetes, chochos, todo era comun; no se conocía clase, ni distancia entre ellas; reír, cantar, saltar, hacerse mil caricias, repartir entre sí la fruta, las flores; en una palabra, aquella felicidad de la infancia, la primera y mas pura de la vida; tal era la dulce existencia de las tres amiguitas, que hasta la edad de doce años no se habían separado ni un solo dia, y ninguna de ellas tres podía pasarse sin las otras.

M. de Beauvalon había ascendido hasta el grado mas alto en el ramo de hacienda, tanto por sus vastas concepciones, cuanto por los repetidos servicios que había hecho al Estado. Bien pronto recibió en su casa á todos los grandes de la capital, y las concurrencias de ella, fueron tan lucidas como selectas.

M. Bertrand por el contrario, resintiéndose de los disturbios públicos, y de la funesta inacción en que las bellas artes se hallaban, y que ya no florecían en Francia, había visto menguar diariamente su escaso caudal, y desaparecérselle las conveniencias y felicidad.

En cuanto á M. de Bonneval, rico sin ostentación, enemigo de toda especulación contraria al órden social, y no teniendo mas ambición que una decente oscuridad, y la dicha de su hija, no había experimentado incremento ni mengua en su caudal, y por lo mismo nunca había variado el tren de su casa. Su mayor gusto estaba en recibir á varios amigos seguros, cuyos talentos y erudición pudiesen contribuir á la educación de su amada Evelina.

Entre todos estos amigos, M. Bertrand era el que recibía mas testimonios de un apego sincero; y este literato miraba como segunda hija suya á Evelina, admitiéndola á todas las lecciones que daba á Zoe, y distinguiéndola con toda especie de atenciones y caricias. M. de Bonneval por su parte correspondía á estos miramientos, aliviando con aquellas precauciones que dicta la delicadeza, el estado de estrechez á que con frecuencia se veía reducido su respetable inquilino.

Pero no quiso la fortuna que las tres amiguitas continuasen en la dulce intimidad de su infancia, pues les hizo vislumbrar las distancias que ella establece entre aquellos á quienes favorece ó no con sus dones. Llegadas á la edad de doce á trece años Mirza y Evelina, fueron tocadas de aquella tan comun y peligrosa presunción, de aquel amor propio

y deseo de lucirlo, que bien pronto les hizo mirar con despego á la sencilla y escogida Zoe. El gusto de trocar una con otra un bonito collar, un sombrero guapo, un lindo abanico y otras mil cosillas, les pareció preferible á los insinuantes coloquios con la tercera amiga, que sin otro prendido mas que cogido siempre el pelo con un peine liso de concha, y vestida con un traje de indiana, no tenia que ofrecerles nada en trueque de cuanto ellas poseian. Hízose pesada insensiblemente la amistad de Zoe; fastidiaron sus agasajos; y su instruccion, con particularidad, pareció una cosa ridícula. Ultimamente, huyeron de su presencia; la dejaban sola en el jardín, y aun llegaron hasta el punto de acusarla de que lo despojaba á veces de sus mas hermosas flores y mejor fruta.

Zoe, cuya dulzura era inalterable, no respondió á tantos ultrajes mas que callando y resignándose. No bajaba ya al jardín mas que por la mañana, y antes que se levantasen las dos inseparables, prestando siempre para disculparse una razon, que sobre remover hasta la menor sospecha, las dejaba á ambas á cubierto contra toda reconcion y estorbo. Sin embargo de esto, se hallaba pintada la tristeza sobre la bonita cara de Zoe, una palidez notable cubrió la fresca de su hermosa tez; á su alegre génio y graciosos ímpetus se siguió una continua cavilacion, únicamente interrumpida con varios ayes dolorosos. Una mudanza tan particular no pudo ocultarse á la vigilancia paternal. M. Bertrand quiso saber la causa de esta alteracion; y aunque su hija, por miramientos á sus dos amiguitas, insistia siempre formando un misterio de ella, descubrió bien presto que únicamente la injusticia é ingratitud de ambas causaban la tristeza que iba consumiendo á Zoe. M. Bertrand trató con arte, pero en balde, de recordar las obligaciones de la amistad á Evelina, la que respondia fria y desdefiosamente á tan singulares esfuerzos; unas veces faltaba á las lecciones que M. Bertrand daba á su hija, y otras asistia con tal fastidio y dejadez, que aumentaban de nuevo los pesares de aquel honroso y liberal maestro. Creyóse entonces obligado éste á informar á M. de Bonneval, quien al principio quiso dar voces, y castigar la ingratitud de su hija. «Créame vd., dijo M. Bertrand á su amigo, dejemos que Evelina se entregue á todo el engañoso esplendor que la tiene deslumbrada ahora; quizá no tardará en verse harta de él. No la corriamos mas que por medio de ella misma.» En efecto, la petimetra Mirza se atrajo sola por algunos meses todas las atenciones de la presumidilla. Adornarse ambas á cual mejor, hacer y deshacer mil retazos, variar las formas y colores, ejecutar juntas una sonata á cuatro manos, cantar los duos de las óperas mas modernas, estudiar los mas difíciles pasos de danza, llegar, en una palabra, hasta lo sumo de la gavota, tales eran las únicas ocupaciones de estas dos inseparables. Vióse cumplido bien pronto el pronóstico de M. Bertrand. Evelina, cuyo padre tenia conveniencias, pero sin fausto ninguno, no pudo igualar á Mirza en adornos, y especialmente en dijes. Esta última, á quien contemplaba un padre opulento y lleno de ostentacion, se veia colmada diariamente de regalos superiores á su edad, lo cual le proporcionaba una gran preeminencia sobre Evelina, que sufría en su interior con tan humillante superioridad.

Zoe por el contrario, no tenia que sobrellevar los desaires que nacen de un mayor caudal ó clase mas elevada. Ocupada únicamente en cultivar las bellas artes, hizo tan grandes adelantamientos en la pintura, que todos citaban ya su peregrina habilidad, mientras que nadie mentaba á ninguna de las dos presumidillas, de quienes ella tenia recibidos tantos sentimientos.

Un inesperado suceso vino al cabo de algun tiempo á abrir los ojos de Evelina, y restituirla á la verdadera amistad que ella habia ultrajado con tanta obstinacion. Le dieron las viruelas. Esta cruel enfermedad hizo tantos mayores estragos en Evelina, cuanto mas encendida se hallaba su sangre con las infinitas funciones á que habia concurrido en casa del rico y poderoso M. de Beauvalon. A pocos dias se vió de peligro. Olvidando Zoe en aquella circuns-

tancia los agravios de la pobre enferma, iba por instantes á informarse de su estado; y aunque no habia tenido todavía este contagioso mal, y que su padre, enemigo de la vacuna, la habia prohibido espresamente entrar en el cuarto de Evelina, no pudo resistir á los dolorosos gritos que estaba dando continuamente la amiga de su niñez. Se acercaba de oculto á ella con frecuencia, y la asistia y consolaba de mil maneras carifiosas.

En cuanto á Mirza, cuya amistad no era sino fingida, y tenia recelos de las viruelas, á pesar de haber recibido dos veces la vacuna, no solamente no se presentó en el cuarto de la enferma, sino que tambien consiguió de su padre ir á pasar en una aldea todo el tiempo que durase la horrorosa enfermedad de Evelina.

El continuo peligro de la enfermita llegó á tanto grado, que el médico declaró un dia que no pasaria de la inmediata noche si no se le hacia tragar de cuarto en cuarto de hora una cierta bebida que él recetó. Zoe, que se halló presente á esta visita del médico, no dudó ya de que su amiguita estuviese en los últimos. Despues de haberla asistido solficamente durante el dia, se retiró á su casa, é hizo pensar á su padre que ella se iba derecha á la cama; pero aquellas palabras del médico: «cada cuarto de ho-

ra, ó se muere,» no se apartaban de su ánimo, y agitaban y partian su pecho. «M. de Bonneval, decia en sí misma, está tan abatido con las vigiliyas y pesadumbre, que no podrá pasar la noche entera al lado de su hija. La enfermera misma se halla soñolienta, y con pocas trazas de seguir trasnochando; ¡si llegará á quedarse dormida! ¡Oh amada Evelina mia!.....» Echa á andar al decir estas palabras, sale de su cuarto callandito, y con el mayor tiento, baja, sin saberlo M. Bertrand, se introduce hasta el cuarto de la enfermita, se adelanta de puntillas, escucha á la puerta, y no oye nada: abre quedito, y ve dormida en un sitial á la enfermera, y á la pobre Evelina dispuesta á exhalar el postrer aliento. «¡Bendito sea Dios! esclamó en voz baja; ¡cuántas gracias os doy, pues me habeis inspirado así!.....» Al punto coge el vaso que contiene el remedio recetado por el médico, levanta con tiento la cabeza de la enferma, y le hace tragar la toma prescrita, á cada cuarto de hora; en seguida pasa ligeramente por sus secos labios, y al través de sus encendidos párpados, un agua aromática que hace caer gota á gota con la punta de una pluma, pone sobre el pecho y piés de Evelina varios paños calientes, los que renueva á cada instante, y por este medio aviva gradualmente las estenuadas fuerzas de la moribunda.

(Continuará.)

## VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



### XI

La señorita Elena aventura la observacion de que en el desierto hace un calorillo de padre y muy señor mio.—«¡Esta es otra! contesta Fernando; lo chusco seria que hiciese frio en el desierto.»—Tras lo cual, dá un trago de agua del frasco á Elena; él

tambien tiene sed, pero no bebe, para irse acostumbando á las privaciones. Con la mayor heroidad saca su pañuelo, y se enjuga el sudor. En cuanto al Sancho, ya parece que se resigna á ser viajero.



XII

Larguísimo les ha parecido el desierto á Elena y á Fernando; mas parece ser que han llegado al confín, mas pronto de lo que se esperaban, puesto que se han metido de rondon en una arboleda. — «¡La selva virgen!» dice Fernando con mucha gravedad, y tomando á su prima de la mano para protegerla

en todo evento; y es que comprende la inmensa responsabilidad que sobre él pesa. Con el ojo avisor, y el báculo bien empuñado en la mano derecha, está pronto para cualquier lance. Por supuesto que Elena tiene entera confianza en él, y está contentísima de haber pasado á la sombra.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO II.

DEL ASEO.

ARTICULO II.

Del aseo en nuestra persona.

(Concluye.)

XXII

Lo mismo debe decirse respecto de la costumbre de llevar la mano á la boca al estornudar, toser, etc. De esta manera se conseguirá, sin duda, no molestar á las personas que están delante, pero la mano quedará necesariamente desaseada; y ambos males estan evitados por medio del pañuelo, que es el único que debe emplearse en semejantes casos.

XXIII

No acostumbremos llevar la mano á la cabeza, ni introducirla por debajo de la ropa con ningun objeto, y mucho menos con el de rascarnos. Todos estos actos son siempre asquerosos, y altamente inciviles cuando se ejecutan delante de otras personas.

XXIV

Tambien son actos asquerosos é inciviles el eructar, el limpiarse los labios con las manos despues de haber escupido, y sobre todo, el mismo acto de escupir, que solo las personas poco instruidas en materias de educacion creen imprescindible, y que no es mas que un mal hábito que jamas se verá entre las personas verdaderamente cultas.

XXV

Hay personas que al eructar acostumbran soplar fuertemente vueltas hácia un lado; lo cual es añadir una circunstancia todavía mas repugnante y ridícula que el acto mismo. El que se vé en la desgraciada necesidad de eructar, debe proceder de una manera tan cauta y delicada, que las personas que están delante no lleguen nunca á percibirlo.

XXVI

Ya hemos dicho que las reglas de la urbanidad son mas severas cuando se aplican á la mujer; pero no podemos menos que llamar aquí especialmente la atencion del bello sexo, hácia el acto de escupir y hácia el todavía mas repugnante de esgarrar. La mujer que escupe produce siempre una sensacion extraordinariamente desagradable, y la que esgarrar eclipsa su belleza, y echa por tierra todos sus atractivos.

XXVII

Los vellos que nacen en la parte interior de la nariz deben recortarse cada vez que crezcan hasta asomarse por defuera; y los que nacen en las orejas deben arrarcarse desde el momento en que se hagan notables.

XXVIII

Procuremos no emplear en otros usos el pañuelo que destinemos para sonarnos; llevando siempre con nosotros, si no nos es absolutamente imposible, otro pañuelo que aplicaremos á enjugarnos el sudor y á los demas usos que puedan ocurrirnos.

XXIX

No usemos mas que una sola cara del pañuelo destinado á sonarnos. Cuando se emplean ambas indiferentemente, es imposible conservar las manos aseadas. Pero téngase presente que es sobre manera ridículo llevar el pañuelo, como lo hacen algunas personas para evitar aquel mal, con los mismos dobleces que trae de la mesa de aplanchar, abriéndolo cuidadosamente por un lado para sonarse, y volviéndolo á doblar para guardarlo.

XXX

Hay quienes contraen el horrible hábito de observar atentamente el pañuelo despues de haberse sonado. Ni esta ni ninguna otra operacion está permitida, en un acto que apenas hace tolerable una imprescindible é imperiosa necesidad.

XXXI

Es imponderablemente asqueroso y contrario á la buena educacion el escupir en el pañuelo; y no se concibe cómo es que algunos autores de urbanidad hayan podido recomendar uso tan súcio y tan chocante.

XXXII

Jamas empleemos los dedos para limpiarnos los ojos, los oídos, los dientes, ni mucho menos las narices. La persona que tal hace escita un asco invencible en los demas; ¡y cuánta no será la mortificacion de aquellos que se ven despues en el caso de darle la mano!

XXXIII

No nos olvidemos de asearnos con un pañuelo ambos lagrimales tres ó cuatro veces en el dia, pues pocas cosas hay tan repugnantes á la vista como el humor que en ellos se deposita pasado cierto número de horas. Esta operacion se ejecutará desde luego, aun cuando la hayamos ejecutado poco antes, siempre que se hayan humedecido nuestros ojos por la risa, el llanto ó cualquiera otro accidente.

XXXIV

Tambien limpiaremos con el pañuelo tres ó cuatro veces en el dia los ángulos de los labios, donde suele igualmente depositarse una parte de la humedad de la boca que el aire congela, y que hace muy mala impresion á la vista.

XXXV

No permitamos nunca que el sudor de nuestro rostro se eche de ver por los demas: enjuguémoslo constantemente con el pañuelo, y cuidemos igualmente de lavarnos la cara, cada vez que la traspiracion se haya aumentado por algun ejercicio fuerte ó por cualquiera otra causa; esperando para esto que el cuerpo haya vuelto á su natural reposo, pues hallándonos agitados, la impresion del agua podria comprometer nuestra salud.

XXXVI

Quando al acercarnos á una casa adonde vayamos á entrar, nos sintamos traspirados, enjuguémonos el sudor del rostro antes de llamar á la puerta, pues siempre será bien que evitemos en todo lo posible el ejecutar esta operacion en sociedad.

LOS GOCES DEL HOMBRE.

La escena es en el campo, en un hermoso país. Se distingue una linda habitacion medio perdida entre el follaje. Al derredor de ella se estienden los prados, y un bosquecillo que un bello verjel une con el jardin de la casa.  
Una niña corre por el prado.

Al verla, las flores y las plantas se ponen á charlar.....

- Es mas gentil que nosotras, dicen las primeras.
- Y mas fina, dicen las segundas.
- Mas pulida, dice la Margarita.
- Mas agradable, dice el Lirio de los valles.
- Mas animada, dice el Boton de oro.
- Mas ingénuo, dice la Argentina.
- Mas alegre, ¡pardiez! esclama la Aleluya.
- De un color mas nuevo, dice la Primavera.
- Es mas flexible, dice el Junco.
- Mil veces mas amable, dice el Myosotis.
- Y mucho mejor, dice el Resedá.
- Es una perla animada, dice el Rocío.
- Es una exhalacion, dice el Iris.
- Su boca, dice la Eglantina, es una fresa rosa.
- Todo eso es cierto, murmuró el arroyo que se desliza á su lado en la pradera.

## II

Una jóven atraviesa el jardin. Las flores comienzan á hablarla.

- Sois mas linda que nosotras, mi bella señorita, la dicen.
- Mas fresca, dice la Rosa de Mayo.
- Vuestros labios mas rojos, dice la flor del Granada.
- Mas blanca, dice el Lirio.
- Mas suave, dice el Jazmin.
- Mas graciosa, dice la Reina de los prados, á quien el jardinero ha hecho los honores del jardin cultivado.
- Mas pura, dice el Espino de la Virgen.
- Mas casta, dice la flor del Naranja.

La jóven no entendia el lenguaje de las flores; su dulce y cándida mirada se detenia sobre ellas sin ruborizarse, y admiraba á todas, no dudando de las alabanzas que la prodigaban. Pero habiendo apercibido medio oculta entre su verde abrigo de hojas, á la Violeta de azules miradas, se bajó hácia ella, la tomó con sus dedos delicados, y despues de haber aspirado su perfume, la colocó sobre su corazon.

—¡Qué dichosa es la Violeta! esclaman las demas flores.

## III

Una mujer, jóven aún, se pasea por el verjel. Es tal su belleza, que ni las flores, ni los frutos, ni aun los árboles mismos, pueden callar.

- ¡Es nuestra reina! esclama todo aquello que tiene la dicha de hallarse á su paso.
- Tiene mas brillo, dice la Cereza, que ninguna de nosotras.
- Mas perfume, dice la Fresa.
- Admirad el terciopelo de sus mejillas, dice el Durazno.
- La redondez de su seno, dice la Manzana.
- Y la riqueza de su talle, dice la Caña.
- Y la elegancia suprema de toda su persona, dice la Acacia-Rosa.
- Y la firmeza de todo su continente, dice la Encina.
- Y la ligereza de sus pasos, cantaba el Ave.
- Y la inteligencia de su frente, dice el Pensamiento.
- Y la ternura de su mirada, dice la Yerba Doncella.
- Y el santo olor de virtud que la rodea, dice la Menta.
- ¿Qué hay mas conmovedor? dice la Guileña.
- ¿Qué mas dulce? dice la Malva.
- ¿Qué hay mas acabado? dice la naturaleza entera.

Al verla alejarse, el Musgo, que tapizaba la entrada del bosque, decia con pesar: «¿No se detendrá, pues, hoy, al pié de estos hermosos árboles?»

La Sombra misma, proyectándose sobre su cabeza, hizo un esfuerzo para detenerla.

Pero ella se acercó á la niña y la llamó. Su voz, dulce y sonora como un canto, debia poner fin á esta escena. Sin embargo, «quisiera yo cantar como hablan las mujeres,» dijo bajito el Ruiseñor á la

## IV

Al dulce llamamiento de su madre, la chiquilla acudió. En su camino se habia unido á la jóven que se acercó con ella, teniéndola por la mano para moderar su carrera, y todas tres se adelantaron con un mismo deseo y con los brazos abiertos, á recibir á un hombre que se hallaba en la fuerza de la edad, y que acababa de salir del bosque. Daba la mano á un hermoso niño, que le abandonó para adelantarse y abrazar el primero á su madre y hermanas.

No se oyó mas que una sola exclamacion por todos lados.

—¡Y los hombres se atreven á quejarse! decia todo lo que contemplaba la felicidad de este hombre.

## V

—Herманas mias, dice la Siempreviva, he callado, por no entristecer el bello cuadro que contemplais. Pero no acuseis á los hombres; yo he visto llorar al mas dichoso.

—Cuidado, hermana mia, dice la Violeta blanca, hermana de aquella que cogió la jóven. Estais muy cerca de la bella señorita, y muy cerca de esa felicidad. Si el padre os oyese, si os viese y os comprendiese....

—¡Ay! exclamó la Siempreviva; ¡ay, hermanas mias, compadeced á ese padre desgraciado, compadeced á esa infortunada madre; pero tambien, compadecedme á mí. ¡Que no sea yo, como vosotras, una flor del tiempo! ¿Por qué, nacida entre vosotras, soy la *Flor de la otra vida*?

## AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Otra particularidad de la naturaleza humana es, que la razon misma le alienta á comunicar sus pensamientos y á cooperar en caso de mútua necesidad; es que siente una afecion mas fuerte y duradera hácia su prole, que las bestias, y que está formado, no solo para desear la existencia y mantenimiento de las organizaciones sociales entre los hombres, sino para tomar parte en ellas.

La tercer distincion de la raza humana es, el deseo de conocimientos, el impulso de conocer la verdad, y la capacidad de investigarla.

Unido á este deseo de saber y conocer la verdad, se encuentra el deseo de honores, el deseo de la preeminencia y del poder, de acuerdo con el cual todo hombre cuyo carácter natural no está destruido enteramente, á nadie escucha con mas voluntad que á aquel que toca á lo desconocido, y forma reglas sobre lo que no está investigado, ó á aquel que por su propio bien le gobierna de acuerdo con la justicia y la ley.

Aun mas; esta última tendencia está relacionada con el engrandecimiento del alma; lo esfuerza á levantarse sobre todos los cambios y accidentes de la vida humana.

El último gran rasgo de la naturaleza humana; el último gran esfuerzo de su razon, es que el hombre solo, entre todos los seres creados, tiene el sentimiento del órden; una idea de propiedad y decencia, ó de alguna regla fija para la pronunciacion ó la accion.

Ninguna otra criatura mira la armonía, la belleza ó la gracia de las partes, ni aun en los objetos visibles.

Nuestro destino es sério, nuestras ocupaciones grandes é importantes.

En verdad, cuando reflexionamos lo que es el hombre, qué facultades se hallan en su naturaleza, á qué grado de perfeccion puede llegar, encontramos que nada es mas indigno que el gastar sus fuerzas con la afeminacion, su vida en agrandar su paladar ó en la satisfaccion de aun mas innobles deseos.

Debemos al contrario, considerar que la verdadera vida es aquella que se arregla á principios severos, aquella en que el cuerpo se contenta con poco, en que las pasiones están sujetas, y la libertad y la modestia conservadas.—CICERON.

Tu poderoso sér ¡oh Dios! aparece en la noche cuando duermen todas las cosas, y cuando la tierra que tú amas, llamada á vivir, comienza su existencia. Millones de seres te engrandecen, y tu vista paternal, abarcándolo todo, se regocija con los placeres de la creacion. Pero de esos millones de seres nadie te busca, ni puede leer en las estrellas. La vida terrenal ocupa todos sus pensamientos. Aunque el sol y la luna y millares de mundos voltean brillando con dorado resplandor, ninguno vé su brillo ni á aquel que los formó.

Una vez mas ¡oh Dios! pronuncia tu poder un llamamiento en un tono mas elevado, y entónces el hijo querido de la naturaleza sale del seno de la tierra. Y la rica cadena de la existencia posee ahora su anillo mas hermoso, y la creacion un ornamento consagrado por Dios.

¡Mirad hácia arriba! delicioso conocimiento de que no somos polvo! Dice esto el padre, y sus hijos miran al cielo, reconocen al Supremo Señor en su obra maestra, sienten que Dios les llama al cielo, y de este modo viene á ser Él el objeto de sus deseos.

¡Oh el mas santo de los placeres! hombre, reconoce tu vocacion! Tú eres mas que todos los soles, tu vista penetra mas allá de ellos. Puedo reconocer á mi Creador, puedo mirar la bóveda del cielo y mi alma puede descubrirle entre la sustancia de este mundo.

La virtud por que luchamos, es noble, no porque el estar libre del mal es en sí mismo un bien, sino porque rompe las cadenas del alma, la prepara para el conocimiento de las cosas celestiales, y la espedita para entrar en comunicacion con Dios.

El alma alcanza el estado mas perfecto y completo de felicidad de que es capaz la raza humana, cuando huella á sus plantas el mar, cuando se eleva á sí misma y penetra las profundidades de la naturaleza.

El alma es nuestra parte mas noble.

Dios es todo razon; mientras se hallan los mortales completamente dominados por el error, creen ser el resultado del acaso, ó de la casualidad, lo que hay de mas hermoso, legítimo y mas cuidadosamente arreglado.

Llegar á acercarse á Dios, es pasar sobre la naturaleza humana, es hacerse partícipe de un destino espléndido.—SÉNECA.

## MAXIMAS Y CONSEJOS.

Por Dios no jures; en vano  
Nunca su nombre se invoca;  
Al que lo sagrado toca,  
Dios le destruye la mano  
Y pone fuego en la boca.

Una madre en el mundo  
Es el emblema  
Del amor de los cielos,  
Tu Providencia.  
Cáliz bendito  
Que recoge tu llanto;  
Llora contigo.

Dá consuelo á los que lloran,  
Porque las lágrimas son  
Pedazos del corazon  
Que se van y se evaporan.

Dá consuelo al desdichado  
Que arrastra penosa vida  
En una cama postrado,  
Pues el que á su hermano olvida,  
Muere tambien olvidado.

No te aficiones al oro,  
Porque roba la quietud;  
Sé avaro de la virtud,  
Que es el mas rico tesoro.